

En la noche, sin permiso

Me llamo Camilo. Tengo sesenta y cinco años. Llegué de El Salvador con mi esposa, con más miedo que equipaje. Huíamos como tantos, con el alma rota y las manos vacías. Llegamos sin nada: ni papeles, ni promesas. Dormimos casi dos semanas en la calle, entre cartones, bocadillos mordisqueados y papeles grasientos, ateridos por el frío y el viento de Zaragoza en invierno. Tiritando, acurrucados uno junto al otro, pensé que no podría sentir más dolor, más pena, más desesperanza.

Pero me equivocaba. Un día, un hombre joven con zapatillas caras y mucha prisa, me ofreció cinco euros la hora por cuidar por la noche a un hombre enfermo, encamado en un hospital. Sabía que estaba abusando, pero no lo dudé: cinco euros por estar, solo por avisar si pasaba algo. No hacía falta formación. Solo tocar al timbre si se quejaba, si se cagaba y desbordaba el pañal, si intentaba levantarse y pedía a gritos volver a casa...

Se llamaba Don Eusebio. Lo vi por primera vez por la noche, tendido en la cama, entre barandillas, inquieto pero resignado, sus manos sujetando su vientre dolorido, su respiración entrecortada, peleando y ya rendido en cada bocanada, como si en cada exhalación se le escapara un poquito más de vida. Cargado de palabras que ya no podía decir. Entre cuchicheos y susurros me fui enterando de su historia. Estaba en el hospital solo para morir.

Don Eusebio ya casi no hablaba. Pero años atrás, cuando aún podía alzar la voz con firmeza, firmó ante testigos lo que creía era su escudo: su voluntad de morir con dignidad, sin sufrir, sin prolongar su agonía. Puso su confianza en quien creyó que más la merecía: su amor, esa mujer fuerte con la que compartió décadas de vida, pero nunca ni un anillo ni un papel...muchos años de cuidados mutuos, con risas y llantos, compartiendo secretos que nadie más sabía, con confianza absoluta el uno en el otro.

Cuando la enfermedad hizo evidente que ya no irían juntos al Festival de Teatro del próximo verano, él, desde la cama articulada y ella, con su bocadillo del bar de hospital en la silla, trataron de disfrutar de las pequeñas cosas sin pensar en nada más: cada etapa en la televisión de la Vuelta Ciclista a España, cada partido del Casademont,

cada debacle zaragocista... siempre con un punto de angustia en el pecho. Quizás todo fuera bien... La investigación científica avanza rápido... Él quería vivir y había dejado claro que llegado el momento ella sería su voz. Sus amigos lo decían, todos lo sabían. El confiaba. Ella le ayudaría y defendería su derecho a intentar vivir o a morir sin sufrir. Pero cuando llegó el momento de defender lo que había firmado plenamente consciente, expresando su voluntad de morir sin sufrimientos vanos todo se ignoró. Sus amigos se mantuvieron equidistantes. ¿Por qué implicarse, murmuraban? Esto no va con nosotros. Solo importaba su hijo. Su sangre. ¿Quién era ella para decidir nada? No eran un matrimonio como dios o el juez manda.

Y ella, de pronto desapareció. Estaba allí, pero no escuchaban su voz. Pasó de ser todo a nada. La miraban, pero no la veían. No era nadie. No era de la familia, don Eusebio tenía un hijo. La doctora negó con la cabeza: “Eso de las voluntades anticipadas ya no se aplica así. Son muy antiguas. Ahora es todo distinto. Seguimos otros protocolos”. ¿Si el paciente no lo pide con su voz, el documento no vale? Gimió ella. “Tampoco es eso. Nosotros somos los que sabemos de estas situaciones. Además, hay un hijo. Vive lejos, pero hablo con él todos los días”. La enfermera fue más directa: “No están casados, el hijo es su familia. No hay representante legal por encima de un hijo. Es su sangre y tiene su voz. Solo la familia tiene derecho a decidir cuando el paciente no puede. Aquí no queremos conflictos. Esperaremos al hijo...”

Y entonces él apareció. Empresario típico, trato exquisito, cara de inmensa pena y ojos duros, con el móvil pegado a la oreja incluso dentro de la habitación. Dando vueltas alrededor de la cama, de espaldas a su padre. Y con prisa, mucha prisa. Había que solucionar todo muy rápido y con el menor gasto posible para el único heredero. No podía hacerse cargo de su padre. Venía una vez a la semana durante los meses desde el diagnóstico, como quien pasa a repostar gasolina. Nunca lo vi mirar a su padre a los ojos con compasión. Nunca le sujetó la mano. Siempre ordenando. Siempre criticando. Siempre imponiendo quién y cuántas horas cuidaban los inmigrantes que siempre pagó su padre. Nunca conoció a su oncólogo ni fue a una consulta ni a una analítica. Nunca estuvo en una sesión de quimioterapia. Ella lamentaba no tener un solo día de respiro.

Pues yo no tengo ,decía él. Nunca un solo día lo llevó a su casa. Solo un ratito a comer el día de Navidad, con la insulina preparada en el bolso por su compañera, la mujer ya machacada y ninguneada por la familia eternamente desaparecida. Nunca le preguntaron si necesitaba algo.

—Tiene que aguantar —decía el hijo—. Estos días no son buenos. Tengo mucho trabajo. A ver el fin de semana.

Lo que quería decir era: “Tiene que morir un viernes”.

Porque ese hijo tenía todo bien planeado.

No cuidarlo en su casa ni pagar nada más de los cinco euros por hora que me daba a mí. Nada de cuidadoras, ni camas articuladas, ni oxígeno domiciliario. Nada de segundas opiniones. Nada de ensayos clínicos, ¿para qué? De esto se mueren todos. Nada que interfiriera en su agenda. Había en juego mucho dinero. No quería a su padre cerca, debía estar en una residencia o muerto, pero tampoco quería que su pareja —esa mujer leal, desgastada, machacada, despreciada, desengañada de sus presuntos amigos, entregada por completo al cuidado de Don Eusebio se quedara con un céntimo de lo suyo. No podía dejarlo sola con él. Podía firmar algún papel peligroso para sus intereses. Su herencia podía estar en juego y no podía permitirse tanto viaje para controlar una situación que le permitiera seguir con su vida de director ejecutivo. La muerte debía llegar cuando a él le cuadrara.

—El viernes —dijo una vez por teléfono—. Sedación profunda el viernes, el sábado muere y lloramos un poco; el domingo, otro poco más y abrimos un ratito el tanatorio (¿tres horas?... demasiado; lo dejamos en dos y media y así parece que viene más gente...) y nos vamos a comer. Y el lunes, a abrir el negocio. Ya tiraremos las cenizas por allí. ¿Se lo decimos a ella? No hace falta. ¿Que mi padre era el único que llevaba flores al cementerio a la familia? ¿Al único al que le importaban los ritos funerarios? Fin de la tradición. ¿Qué más le importa a ella saber dónde está el polvo? Ya no es nada ni nadie. Así de sencillo.

En el hospital lo sabían. Lo oí decir varias veces entre susurros. Sabían que él no era el representante según la voluntad del paciente. Sabían que había un documento. Pero a él, al hijo, lo obedecían porque demostraba autoridad y era de su sangre.

Mientras tanto, don Eusebio sufría. Y yo miraba siempre angustiado por ver tanto dolor, tanta avaricia, tanto desamor. Aprendí cómo funcionaba la bomba de infusión. Una cajita de colores, muchos números y símbolos de flecha para que los medicamentos fueran más rápidos o más lentos. Dos flechas arriba. Clic, clic, Dosis arriba. Un toquecito en la flecha que miraba al suelo, Dosis abajo. Me decidí a probar. Nadie controlaba. Al principio solo un poco, clic, clic, clic para que pudiera dormir, pero gemía y se abrazaba la tripa dolorida con las dos manos.

—¿Está usted muy inquieto, le duele mucho? ¿Tiene dolor, don Eusebio? ¿Llamo a la enfermera a ver si le pone algo más fuerte? Llamé. Me contestaron con burocracia, con el sonsonete de siempre: “¿Puede tragar? ¿Ha expresado dolor?”. No. Está desorientado, no habla.... Pero ¿es que hace falta que te lo diga con palabras cuando se está deshaciendo delante de ti?

Yo ya no podía seguir viendo eso. Me acerqué a la cama. Él ya no peleaba. Solo resistía. Como si su cuerpo no supiera que ya era hora de irse y él supiera que se tenía que ir. Le tomé la mano. Le susurré: —Don Eusebio, ya está. Váyase tranquilo. Aquí nadie lo va a detener.

La tenue luz del amanecer se filtraba por la ventana, tenía poco tiempo. Subí la flecha. Una vez. Dos. Tres veces. La bomba hizo tic... tic... tic... tic. tic...minutos, quizás una hora, cuando ya la luz entraba en la habitación y empezaban a oírse ruidos de carritos en el pasillo de la planta, su cara se relajó, quizás esbozó una sonrisa. Y luego, nada. No hubo espasmos. No hubo quejas. Solo un hondo suspiro y luego silencio.

Yo no sabía cuidar. Pero esa noche aprendí a acompañar hasta el final. Y lo hice. Aunque fuera en la sombra. Aunque fuera... sin permiso. Se fue como había pedido: tranquilo, sin dolor... pero sin sentir el cariño del abrazo de ella.

¿El derecho a morir dignamente se firma con letra o con sangre?